

SUMARIO

Una magnífica lección deducida de la realidad.—*Rebuscando rincones*, por el Capitán Subrio Escápula.—*El gran capitán y los judíos*, por Manuel Alvarez Espinosa, capitán de infantería.—*Permanencia en ciertos destinos á pesar de los ascensos.*—*Escudos para tropas á pié.*—*Nueva bala de fusil.*—*Reorganización de la telegrafía militar en Suiza.*—*Bibliografía.*

BIBLIOTECA

Pliegos 9 y 10 de «La artillería de tiro rápido y la infantería».
Pliegos 7 de «Manual para la instrucción de los apreciadores de distancias».
Pliego 49 de «Geografía Universal» (2.º tomo), por D. Luis Trucharte.

UNA MAGNÍFICA LECCION DEDUCIDA DE LA REALIDAD

El general otomano Mamud Mujtar Bajá, Comandante del tercer cuerpo de ejército al comenzar la campaña de Tracia de 1912 y posteriormente comandante en jefe del segundo ejército del este, fué indudablemente uno de los caudillos que más se distinguieron en todos conceptos en aquella campaña desgraciada. Su hermosa historia militar y su reputación sólida y bien adquirida, son títulos más que suficientes para que revista excepcional importancia el relato que de su intervención en la guerra ha escrito recientemente (1). En el capítulo final compendia las causas del desastre turco, y es tan exacta y tan gráfica la pintura que juzgamos agradecerá á nuestros lectores conocerla íntegra, tal como la traducimos en los párrafos siguientes. Pero antes haremos notar que el desarrollo de la campaña contra los búlgaros, perfectamente documentada en el libro de Mamud Mujtar, coincide casi sin diferencias de detalle con lo que se expuso en la conocida publicación "La Guerra de Oriente.,,

—

Cuando se comparan los éxitos alcanzados por los ejércitos otomanos en la campaña de 1877-78 contra Rusia, así como las brillantes cualidades militares que demostró el ejército un año antes en los sangrientos combates sostenidos contra los montenegrinos y los serbios, con las disolventes derrotas de la última campaña, no puede menos el espíritu de quedar admirado. Las derrotas de Kirk-Kilisé, Lule Burgas y Kumanovo, después de las victorias de Plewna y de Gedikler, sólo pueden compararse con Iena después de Rosbach.

(1) Véase la *Bibliografía*.

Sin embargo, no había ningún Napoleón frente á nosotros, y nuestros jefes no ignoraban, como los generales prusianos, las condiciones de la guerra moderna. La causa de nuestros desastres no reside tanto en faltas estratégicas, como en la carencia de organización y de preparación desde el tiempo de paz, ó en las pérdidas morales experimentadas en los últimos treinta años.

Estas cuestiones merecen que me detenga un momento en su examen.

Antes de la guerra contra Rusia, había entre nosotros, más ó menos desarrollada, es verdad, una industria local que bastaba á nuestras necesidades, y la población, que mantenía pocas relaciones con el mundo exterior, vivía contenta y en relativo bienestar. Aunque poco numerosos y poco capaces, los funcionarios llenaban sus deberes de un modo casi patriarcal. Los habitantes del campo eran relativamente felices y estaban satisfechos de su condición. Poco á poco todo cambió. Un largo reinado nefasto sumergió al Imperio en negra miseria

El descontento y la falta de confianza hacia el Gobierno fueron en aumento.

Durante muchos años los redifs fueron movilizados constantemente y el ejército se desangró abundantemente para apaciguar alzamientos continuos, que empobrecían á la nación.

Tal era el estado moral al principio de la guerra.

Algunos han querido atribuir la huida de nuestros soldados á que no estaban cultivados sus sentimientos religiosos.

Casi siempre fueron los redifs los que dieron el mal ejemplo, abandonando los primeros sus puestos. Los nizáms y sobre todo la artillería y caballería, más disciplinadas y mejor mandadas, quedaron más fieles á su deber.

La solidez de las tropas activas, la falta de cohesión de los redifs reconocen como origen causas generales. No hay necesidad de extenderse largamente sobre la influencia de la fé religiosa en la moral de las tropas. Sin embargo, esos sentimientos no bastan para llevar los hombres al fuego, si además no se sienten sobreexcitados por el espíritu militar y el sentimiento nacional, si no han recibido una educación militar completa y si no tienen entera confianza en las armas que se les han confiado.

El temor á Dios no basta para descartar el temor á las balas.

No está probado que la huida de los soldados cristianos haya arrastrado la de los musulmanes, aunque sea incontestable que muchos soldados de origen griego fueron á reunirse con nuestros enemigos, pero desde la segunda batalla ya no había cristianos en nuestras filas. Es imposible pues determinar hasta que punto la desertión de los soldados cristianos ejerció influencia en nuestros desastres.

Los hombres incorporados bajo el reinado de Abdul Hamid no habían

recibido ninguna instrucción militar. Aunque los redifs, á menudo llamados á las banderas en los últimos años, hubieran recibido un embrión de instrucción, dada en algunas semanas por unos cuadros ignorantes, no podía valer lo que la asegurada al precio de grandes esfuerzos, en dos ó tres años en los ejércitos europeos.

La instrucción de nuestras formaciones activas, por muchas razones, tampoco era suficiente. Los batallones, movilizados sin cesar y empleados en reprimir insurrecciones, en servir de policía ó de gendarmería, no tenían tiempo para dedicarse á su profesión. Por razones múltiples, nuestras formaciones activas ó de reserva no encerraban, durante la movilización, más que un corto número de hombres instruidos, y, en cambio, demasiados soldados que jamás habían llevado armas.

Desde el tiempo de Abdul Hamid, numerosos jóvenes conseguían librarse de las obligaciones militares, haciéndose inscribir como estudiantes de teología. Su número aumentó considerablemente en los últimos años, porque la mayoría de los mozos del redif de las provincias vecinas á Constantinopla pertenecían á tales gentes.

Pero, parece que la falsa interpretación de un acuerdo del Ministerio de la Guerra fué el principal motivo del escaso valor de las formaciones de reserva, acuerdo tomado un año antes de la guerra y por el cual los redifs no podían ser llamados dos veces en un mismo año. Por este hecho, los redifs de las clases más modernas, movilizados al estallar la guerra con Italia y el alzamiento de Albania, y que se habían instruido por la fuerza misma de las cosas, no fueron convocados de nuevo y permanecieron en sus casas.

Los comandantes de los batallones de redifs fueron relevados provisionalmente de sus mandos, al decretarse la movilización, y dejados en las comisiones de transporte; su ausencia agravó este estado de cosas. Los batallones se formaron al azar, eran masas de hombres y no tropas organizadas. Los nizáms á su vez se completaron como pudieron; sus efectivos de paz eran irrisorios y acababa de ser licenciada, desgraciadamente, la clase más antigua; volvió á ser llamada cuando ya los veteranos estaban en camino de sus hogares, pero fué imposible que cada cual se incorporara á sus unidades de origen; pasaron á formaciones designadas por la casualidad, donde se encontraron desconocidos y aislados.

A partir de 1910 la organización del ejército turco sufrió una completa modificación. El número de cuerpos de ejército se elevó á catorce, desdoblándolos. Suprimiéndose las brigadas de infantería y las divisiones, compuestas de tres regimientos, se desdoblaron también comprendiendo tropas de todas las armas. Los efectivos de paz eran la cuarta parte de los de guerra. La nueva organización era demasiado reciente para ser completa. La grande extensión del Imperio, la falta de vías de comunicación, complicaban la movilización. Una gran parte de nuestras mejores tropas

y de nuestros mejores oficiales se encontraban en el Yemen y en Tripolitania, y las comunicaciones por mar estaban interrumpidas por la flota griega.

No obstante estas dificultades, creyóse conveniente mantener la formación de 24 cuerpos de ejército á tres divisiones prescritos por el plan de movilización.

Los numerosos cuarteles generales y estados mayores resultantes privaron á las tropas de sus mejores oficiales. Las abundantes formaciones de etapas y columnas necesarias y para las cuales no se había preparado nada, agravaron las dificultades de los abastecimientos.

Los efectivos de los cuadros no respondían á los existentes que se debían completar. Se carecía de oficiales y de clases. Esta situación se observaba sobre todo en los batallones de redifs, que entraron en campaña con dos ó tres oficiales solo.

Las influencias atmosféricas también nos perjudicaron. Si no hubiera llovido desde los primeros días, nos hubiera sido más fácil no abandonar tanta artillería y mantener á los hombres en las filas. No se habrían producido los hechos de Lule-Burgas.

No me extenderé sobre las faltas estratégicas ó tácticas que hayan podido agregarse á las dimanantes de la carencia de preparación.

El estudio crítico, que es el único que permite aprovechar la experiencia adquirida en los campos de batalla, no corresponde á los que á la vez son juez y parte. Pero no creo faltar á este principio haciendo las consideraciones siguientes:

Es imposible negar que la doctrina que se enseña hace treinta años en nuestros establecimientos militares no ha tenido grande influencia en nuestras derrotas.

De Alemania, nación á la que debemos nuestros conocimientos militares, hemos tomado de principio de la ofensiva. Nuestro Estado Mayor se ha acostumbrado á no esperar la victoria más que de este modo de obrar. El despertar ha sido cruel, cuando se ha visto que las palabras del gran maestro de la estrategia alemana, el conde de Moltke, "Pesar primero, atreverse enseguida...", no habían podido aclimatarse entre nosotros.

No pagaremos demasiado caros nuestros desastres si aprovechamos la lección y aprendemos á organizar mejor nuestra defensa nacional en el porvenir. Esperemos que el Gobierno conseguirá devolvemos, con el bienestar material, la confianza moral y el amor á la patria, á la vez que elevará nuestro nivel intelectual y el de la conciencia nacional. Nuestros oficiales, dedicándose exclusivamente á su misión, deben esforzarse en ponerse á la altura de su labor en tiempo de guerra y de paz, haciendo lo necesario para sacar partido de los hombres que se les confían.

Una vez obtenido este resultado, nada se opondrá á que introduzcamos en nuestro ejército los procedimientos y los principios en uso en los de-

más ejército europeos, pero entre tanto seamos nosotros mismos y no ser-
viles imitadores.

Hemos querido seguir demasiado estrechamente el precepto de Molt-
ke. "Separarse para marchar, reunirse para combatir," que aseguró las
victorias de 1866 y 1870-71.

✓ Pero como para ajustarse á él es menester disponer de los elementos
necesarios, sería prematuro querer darle desde luego fuerza de ley.

Hasta cierto punto, los ejércitos de Napoleón pueden ser comparados
con el nuestro. Donde quiera que la presencia del caudillo no se hacía
sentir, la victoria huía de sus banderas. El método del Emperador consis-
tía á menudo en reunir sus fuerzas para la batalla, rodearse de noticias
sobre el adversario y el terreno, y en apartar, en la medida de lo posi-
ble, las probabilidades adversas. Napoleón ha resumido esta doctrina en
algunas palabras lapidarias: "Ver, y después obrar." Estos métodos debie-
ran haber sido los nuestros.

Otro punto ha de retenerme aún:

En los ejércitos instruidos y bien organizados, los jefes deben limitar-
se á dar órdenes y vigilar de lejos su ejecución. Cuando no es así, y es
necesario exaltar la confianza de la tropa en sus jefes ó robustecer su mor-
tal, el sitio de los generales no está atrás, sino allá donde lo pueden ver
todo, darse cuenta del peligro y asegurar la ejecución de las órdenes. Así
procedía Napoleón, que seguía siempre de cerca los sucesos. Se le veía
en todas las ocasiones en el punto decisivo y modificaba la situación de
su cuartel general según la necesidad del momento. Obrando de esta ma-
nera, no perdía el contacto con los combatientes.

He aquí como el Emperador se expresaba sobre este punto: "En los
ejércitos modernos, un general en jefe á 400 ó 500 toesas se encuentra en
medio del fuego de las baterías enemigas y muy expuesto; sin embargo,
está allí tan alejado que le escapan algunos movimientos del enemigo. No
hay acción en que no se vea obligado á acercarse al alcance de las armas
portátiles del fuego."

En otro lugar dice: "El general en jefe está obligado todos los días á
marchar al cañón, á menudo á ponerse al alcance de la metralla y, en to-
das las batallas, al alcance del fusil, para poder reconocer, ver y ordenar;
la vista no es bastante aguda para que los generales puedan mantenerse
fuera del alcance de las balas."

De cuanto precede resulta que no es el valor del adversario, sino nues-
tros propios errores, la causa de nuestras derrotas, y que hemos sido nos-
otros mismos los que hemos fabricado nuestra desgracia.

Nunca se dirá bastante que no ha sido el soldado búlgaro quien obligó
al nuestro á retirarse. En efecto, desde los primeros combates, sin gran
importancia, del 22 de octubre, sólo la mitad de nuestras fuerzas pudo en-
trar en línea. Durante la noche se encendió el pánico, que arrastró sin

motivo á los soldados desorientados. El enemigo no puede inscribir esta derrota en su activo, porque no supo, falto de ímpetu, explotarla en su provecho.

Durante cuatro días enteros en la línea Lule-Burgas=Bunar-Hisar, nuestra derecha aguantó victoriosamente. En parte impulsados por el hambre y la falta de municiones, el centro y la izquierda, quebrantados además por pánicos locales, cedieron terreno. El quinto día la misma catástrofe se produjo en la derecha; la lluvia, el hambre, el frío abatieron las fuerzas morales de nuestras tropas, y una miserable escaramuza de noche bastó para dar fin á la resistencia, aunque el vencedor no se sintió en estado de emprender la persecución.

Por lo demás, no es la primera vez que nuestra impotencia para utilizar las fuerzas y los recursos de que disponemos ha hecho de nosotros la víctima de un adversario que nos es inferior. No es necesario remontarse muy atrás en la historia para quedar convencido de ello. Sí, durante la guerra con Rusia, hubiéramos sabido aprovechar las ocasiones que se nos presentaron, hubiéramos podido firmar una paz gloriosa. Prescindiendo de la campaña de Crimea, y refiriéndome solo á la que terminó por el tratado de Adrianópolis, vemos que la situación era la misma en 1878. Las fuerzas materiales no bastan para alcanzar la victoria. Su organización y su acertado empleo solo pueden quedar asegurados por una nación laboriosa, modesta, animada del patriotismo más puro y apoyada por un cuerpo de oficiales exclusivamente consagrados á sus deberes y fieles á su Soberano.

En la existencia de las naciones alternan los días venturosos con los desgraciados; para un pueblo hábil, cada derrota debe ser el acicate que le conduzca á una victoria nueva.

Así vemos á la Alemania actual nacer de los escombros amontonados á los piés de Napoleón, hace un siglo, y á Francia, que se hundía hace cuarenta y dos años, ser hoy el árbitro de la política mundial. Más cerca de nosotros, Austria, que solo gracias al apoyo de los ejércitos rusos pudo salir triunfante de la insurrección húngara y que debía sucumbir en Sadowa, lleva actualmente toda la cuestión de Oriente. Estos ejemplos enseñan que una causa no está perdida cuando una nación encierra en su seno recursos hereditarios.

Las derrotas no han de tener otro alcance que templar las almas de las naciones que desfallecen y están inconscientes de los prodigiosos esfuerzos que hay que hacer para mantenerse. Los reveses no son más que estimulantes en el camino del progreso. ¡Ojalá demostremos bien pronto que no somos una excepción!

Si el lector lee atentamente el notabilísimo cuadro que traza la pluma del general Mamud Mujtar, no se le escaparán de seguro las verdaderas

causas de la derrota turca, que el autor deja entre líneas. Ellas y las reflexiones que atinadamente formula, encierran profundas y positivas enseñanzas para todas las clases sociales y las diversas jerarquías del ejército, aplicables no solo á Turquía, sino de alcance general.

REBUSCANDO RINCONES

No hay como el peligro para dar caracter práctico á las especulaciones.

Hasta hace poco, los franceses barajaban en artículos, libros y estados y encasillados oficiales, sus centenares de miles de hombres; pero cuando los alemanes aprobaron sus últimas leyes militares y de golpe y porrazo aumentaron sus efectivos en cerca de 120.000 hombres, proponiéndose reforzarlos en plazo breve con otros tantos, los franceses, pese á la ley del servicio de los tres años, se han visto con el lobo á las puertas y no han tenido más remedio que pensar en el medio de hacer frente al peligro. Y como es natural, no ha faltado quien, moviéndose en un campo más modesto que el de los teóricos, que solo se satisfacen cuando á sus cálculos y evaluaciones de hombres les pueden añadir á continuación tres ó cuatro ó cinco ceros, ha pensado que los efectivos disponibles no lo son realmente, sino que sufren mermas considerables. Resulta en efecto, que entre asistentes, ordenanzas, empleos diversos, enfermeros, prisiones, etc. tiene Francia muy cerca de sesenta mil hombres apartados de las armas y que en esta cifra ha de disminuirse el efectivo que generalmente se da como útil y en disposición de ser enviado á la guerra.

Hay que reconocer que es preferible sacar un soldado más de entre el sin número de los que paga el Estado pero no sirve como tal soldado, que aumentar dos hombres mediante un nuevo llamamiento de mozos; porque en el primer caso ni aumentan los gastos ni se impone mayor servidumbre al país ni á nadie, mientras que en el segundo aumentan las cargas militares.

Poniéndonos en el punto de vista francés, pocas veces tan acertado como ahora, sería curioso averiguar cuantos miles de hombres están verdaderamente separados de los cuadros del ejército á pesar de figurar en ellos. Solo el capítulo de ordenanzas sumaría varios millares; vienen después los asistentes; siguen luego escribientes; continúan *destinos* diversos, y solo se acaba la cuenta después de largo rato de sumas, sin ninguna resta. La incorporación de este personal á las unidades equivaldría ó poco menos á la llamada á las filas de todo un contingente, con la ventaja inapreciable de no aumentar en un céntimo el presupuesto.

Pero, se argüirá, porque claro está que aquí argüimos siempre y discutimos todo lo discutible y aun lo evidente: ni se puede prescindir de los

ordenanzas, ni de los asistentes, ni de los escribientes, ni... de nadie, en una palabra. De lo cual resultará que el ejército, organizado, creado y destinado á sostener la guerra, absorbe en menesteres poco bélicos la quinta parte de sus efectivos. Y como esto es innegable, y no puede ser menos conveniente, perderá el tiempo quien intente persuadirnos de la bondad de este sistema.

En algunos ejércitos, penetrados y convencidos de la verdad que acaban de descubrir los franceses, se recurre á personal civil, sometido á todas ó algunas de las leyes militares, para desempeñar los servicios que en Francia y más aun en España se encomiendan á la tropa. Nadie puede desconocer que un solo ordenanza de profesión equivale por lo menos á tres soldados; que un criado profesional representa á tres asistentes, sobre todo en los primeros meses en que éstos desempeñan tales elevadas funciones; que un escribiente, siempre profesional, hace tanta labor como cuatro escribientes improvisados, muchos de los cuáles han de comenzar por aprender la ortografía; y así sucesivamente. Se dirá que esos empleados civiles resultarían más costosos al Estado; sin negarlo, la diferencia no es muy grande, pero, sobre todo, aunque lo fuera, se conseguiría que las unidades estuvieran nutridas en lugar de ser depósitos de destinos. Y en vez de tener que enviar un batallón, por ejemplo, á un sitio en que por operaciones de guerra haga falta, se lograría lo mismo obligando á prestar efectivamente servicio á todos los hombres sin excepción de una brigada, con la ventaja de economizarse el dispendio considerable que supone la existencia de una plana mayor.

El punto concreto de los asistentes merece una resolución radical, en el sentido de su supresión. Dése al oficial un suplemento para costearse un servicio adecuado pero no se distraiga á la tropa de sus deberes especiales. En campaña los asistentes, se dirá, son inapreciables y utilísimos; es verdad, pero más útiles son los fusiles en las líneas de fuego, y los ginetes con el sable en la mano; y pensar que el asistente puede batirse y cuidar á su amo sin perjuicio de ninguna de las dos obligaciones, es una quimera. Hay que plantear el problema de un modo fundamental; primero lo necesario, luego, en segundo término, lo conveniente. Y lo necesario es que todos los hombres de una unidad presten el servicio militar sin excepciones, atenuaciones, ni mezclas y confusiones de cometidos. Que es conveniente que el oficial tenga asistente, sobre todo en campaña; conforme, pero no se satisfaga esta conveniencia con menoscabo de la necesidad.

Bien repasado el cuadro de exenciones, acaso no sería difícil encontrar muchos mozos que sin servir para las operaciones de la guerra, fueran perfectamente útiles para labores sedentarias y otros servicios de la naturaleza de los expuestos. Y estos tales, deberían servir más tiempo que sus camaradas de las unidades, atendiendo á que se verían libres de las

fatigas y penalidades militares y de los peligros y privaciones de una campaña. Se tendería así, sin mayores gastos, á tener profesionales; pero sería menester que con los tales se formara un cuerpo especial para lograr que no perteneciendo á unidad activa ninguna, esta no sufriera merma en sus efectivos. El lector, siempre sagaz, imaginará que entrarían acaso en el cuerpo de los sedentarios individuos útiles y que sería más fácil reclutar ese cuerpo que las unidades propiamente dichas. Aunque así aconteciera, nada se habría perdido, toda vez que lo esencial es que los cuerpos activos tengan en sus filas, en los dormitorios, á los mismos hombres, sin ninguna excepción, que figuran en las listas de revista.

Pero sea por este camino ó por otro cualquiera, lo importante es que la reforma ó la innovación ó como quiera llamársela se haga y se haga pronto. Hace algunos años y en estas mismas columnas me ocupé de esta misma cuestión; ahora tengo más esperanzas de ser afortunado porque el toque de atención viene de Francia y á menudo nos cuesta menos traducir que leer lo que se escribe en casa. Sea la innovación española ó francesa, lo que importa es que se lleve á efecto y que no haya diferencias entre los soldados de una misma unidad, diferencias nacidas (me apresuro á decirlo) de las costumbres que han tomado carta de naturaleza aquí y se han elevado ya á la categoría de necesidades, sin serlo.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA



EL GRAN CAPITÁN Y LOS JUDIOS

Es ya típico y vulgar que el Gran Capitán gozó del raro privilegio concedido solo á ciertas individualidades excepcionales, de adelantarse á las ideas y métodos propios de la época en que vivió, imprimiendo el sello de su potente personalidad, no sojuzgada por rutinas tradicionales ni temerosa de las responsabilidades inherentes á toda innovación, en cuantas empresas tuvo que acometer. Pero esto, reconocido por todos, parecía limitarse exclusivamente al hombre de guerra, al general que sabe obtener victorias asombrosas sin contar con los debidos elementos, poniendo á contribución su genio que lo suple todo; y sin embargo, es esta una sola de las múltiples manifestaciones de este mismo genio.

Al estudiar esta figura insigne debe tenerse en cuenta, no solo al militar, sino al político, al estadista. Y á este propósito, es preciso hacer presente que en Gonzalo Hernández siempre aparecen unidos é inseparables ambos caracteres, no siendo posible hacer abstracción de ninguno de ellos si se quiere comprender el fin y el origen de todos sus actos.

En su mocedad, en la corte de la infanta Isabel, la futura Reina de Castilla, ya se vislumbra al habil político al lado del soldado valeroso,

en los mismos actos que merecen acre censura de parte de su ayo y amable reconvencción de parte de su hermano mayor.

Pero donde se ponen de manifiesto estas cualidades es en la guerra de Granada. Si admiran sus hazañas en los combates, sutacto en atraerse á los moros consiguiendo inspirarles viva simpatía personal, es aun más admirable. Se encuentra en posición subalterna, y á pesar de ello, adquiere su figura singular relieve en la campaña: los moros en múltiples ocasiones, solo quieren negociar con él; solo él les inspira la necesaria confianza. Y es que se trata de un político que sabe obtener el éxito, siguiendo procedimientos completamente opuestos á los que más tarde ha de preconizar Maquiavelo; sus armas principales, son: liberalidad constante, nobleza y caballeridad no igualadas por nadie, y sobre todo, una bondad poco común en el hombre de guerra. Así, no solo inspira confianza sino cariño. Buena prueba de ello nos ofrece la rebelión de los moros, ocurrida á su regreso de la primera expedición á Italia. En ella su presencia solamente produce en los rebeldes mayor efecto que la proximidad de un ejército. Y esto lo reconoce el mismo rey al reclamar su consejo antes de su segunda partida para Nápoles, para, de acuerdo con él, resolver lo más conveniente respecto de dicha rebelión. Hasta tal punto sentía el caudillo, amor por los oprimidos, que en sus cartas desde Italia demostraba su interés por la suerte de los moros rebeldes.

Su gestión en las dos célebres campañas y después al organizar y pacificar el reino de Nápoles, así como sus relaciones con las familias poderosas del país y con los demás estados italianos, constituyen palmaria demostración de sus singulares dotes de político. No nos detenemos en ello, porque el asunto merecería largas consideraciones y comentario extenso, y nos distraería de nuestro actual propósito. Hoy solo queremos hacer referencia á un hecho que juzgamos de capital importancia. Su simple exposición demostrará, además de lo dicho hasta ahora, que nuestro Gonzalo puede ser conceptuado, y debe serlo, como lo que hoy se llama un espíritu progresivo. Progresivo y práctico.

Nos referimosa á la expulsión de los judíos de Nápoles. Dice Zurita, que una vez pacificado el reino, quiso Fernando V, "limpiarle de superstición é infección judaica, de que estaba muy contagioso y estragado, así por los judíos que se recogieron en él de toda Italia, como de los que se echaron de España, y de los nuevamente convertidos que se apartaron de la fé, y fueron huyendo del castigo del Santo Oficio de la Inquisición...." y en su consecuencia, ordenó á Gonzalo Hernández que procediese á su expulsión.

Antes de ver cual fué el resultado de esta orden, preciso es retroceder unos cuantos años; al principio de la campaña. Alguno se habría extrañado sin duda, de que el Rey Católico esperase la completa pacificación del reino recién conquistado, para limpiarlo de herejes. Cierto que esto era lo

más político, pero la duda era lícita pues casi nunca se atuvieron Isabel y Fernando á los dictados de una política prudente, en estas cuestiones. Y no andarían errados los que dudasen porque, efectivamente, la orden mencionada por Zurita, no era la primera que con idéntico objeto recibía Gonzalo; esto nos induce á creer, á afirmar, que las anteriores no habían sido cumplimentadas.

Apenas se había dado principio á la segunda campaña y aun no estaban conquistados por completo los ducados de Apuglia y Calabria, cuando ya los Reyes ordenaban al Gran Capitán, por conducto de Malferit, que hiciera expulsar de aquellas regiones á los judíos, "sin dilación alguna,;" son sus propias palabras. Esta orden está fechada en Granada á 11 de Octubre de 1501. A nadie se le ocultarán los peligros que entrañaba tal medida en un país que aun estaba con las armas en la mano, y sobre todo, viéndose próxima, inminente, una nueva guerra con los franceses. Tal disposición más que dictada por la libérrima voluntad de los Reyes de España, parecía inspirada por el propio Luis XII.

No debió satisfacer á los monarcas castellanos el cumplimiento dado por el Gran Capitán á esta orden, y en su vista, el 11 de Julio de 1503, desde Barcelona, vuelven á disponer la expulsión de aquella raza, de todo el reino de Nápoles que aun no está conquistado, y cuya posesión se apresta á disputarles un ejército francés que se aproxima ya pujante á sus fronteras. Y debemos aquí llamar la atención sobre un detalle muy significativo. En la primera orden citada se anuncia la llegada de inquisidores, nombrados para aquel reino, con la misión de castigar á los herejes, á cuyos funcionarios deberá Gonzalo Hernández prestar la necesaria ayuda; pues bien, si los judíos no fueron expulsados como ya hemos visto, tampoco debieron llegar los inquisidores, porque en la orden de 1503 vuelve á anunciarse que el tribunal del Santo Oficio, de España, designará algunos individuos para que desempeñen las indicadas funciones en el reino de Nápoles.

Si esta nueva orden tampoco fué cumplimentada, no sería por cierto por estar redactada en forma suave, pues puede presentarse como modelo de estilo enérgico y conminatorio. Y á pesar de ello, nos encontramos con la nueva disposición á que se refiere Zurita y que ya hemos expuesto al principio de este artículo.

Todavía encontró el Gran Capitán medios para eludir su cumplimiento; según el cronista Aragonés, el caudillo expuso á la consideración real, que en el reino había pocos judíos verdaderamente tales, pues la mayoría de ellos se habían visto obligados á bautizarse cuando Carlos de Francia entró en Nápoles; ahora bien, éstos no podían ser expulsados como judíos pues en realidad no lo eran, y si no se portaban como buenos cristianos, lo que en todo caso procedía era establecer el Santo Oficio en Nápoles, para que éste los castigase, creyendo esto más conveniente que expulsar

á los francamente judíos. Esto nos demuestra que los inquisidores tantas veces anunciados, no habían llegado á establecerse en el reino.

Y añadía el Gran Capitán que no era conveniente dicha expulsión, por ser pocos los judíos y porque los demás seguramente les seguirían al expatriarse, de lo cual resultarían evidentemente graves perjuicios para el país (...y sería muy evidente daño, y detrimento de toda la tierra). Esta consideración, dice surita, fué causa de que por entonces se dejara sin efecto la orden del rey.

No queremos añadir ningún comentario. El hecho expuesto, por sí sólo, dice más de lo que pudieran contener muchas páginas de copiosa argumentación. La Historia de los documentos oficiales, no nos revelará seguramente la energía que se vió obligado á desplegar el Gran Capitán frente de los Reyes en este asunto. Su habilidad debió ser grande: y quien en el negocio más difícil de aquellos tiempos demostró tal clarividencia, tal amplitud de espíritu y una tolerancia poco común, no necesita que se esfuerce nadie, mucho menos teniendo en cuenta el carácter de los Reyes y el estado de la nación, en hacer patentas las condiciones que le adornaban. No es necesario se escriban; las dejó esculpidas él con sus actos.

MANUEL ALVAREZ ESPINOSA
Capitán de Infantería

PERMANENCIA EN CIERTOS DESTINOS A PESAR DE LOS ASCENSOS

En ciertos destinos es práctica ya antigua en Francia que el personal que los sirva pueda continuar desempeñándolos aunque sea promovido al empleo superior; ésto acontece con preferencia en funciones de carácter técnico, lo que acarrea la ventaja de que el servicio no se perjudica, antes bien gana mucho porque los funcionarios llegan á familiarizarse con él y ponen más cariño en el desempeño de sus funciones. Es decir, que algunos destinos no han de estar servidos forzosamente por militares de un empleo determinado, sino que pueden desempeñarlos jefes y oficiales de diferentes categorías, si bien se procura que esta indeterminación se limite á conservar en su puesto á los militares que debieran cambiar de residencia en virtud de su promoción á la jerarquía superior inmediata. En general, estos destinos se concretan á los puestos directamente relacionados con la defensa de las plazas fronterizas, cargos que suelen tener una independencia ó autonomía mayor que la que en casos análogos existen en España.

Recientemente, el ministro de la Guerra de la Nación vecina ha extendido el principio, no ya á los funcionarios subordinados ó de categoría inferior, sino á los mismos comandantes de las plazas. En lo sucesivo, los comandantes superiores de la defensa de las grandes plazas de la fronte-

ra del Este-Verdun, Epinal, Toul, Belfort-que han de ser generales de brigada, pueden recibir la categoría de comandantes de cuerpo de ejército (tenientes generales) después de llevar dos años en el desempeño de mando de división ó análogo.

En sus destinos ejercerán el mando del cuerpo de ejército respectivo siempre que falte por cualquier motivo el titular, aunque permanecerán en caso contrario á las órdenes de este último.

Reforma es ésta que aplicada con prudencia consideramos que convendría implantarla entre nosotros, porque sobre no perjudicar á nadie, beneficia al servicio y á los interesados. El presupuesto y el cuadro general de destinos tienen la suficiente elasticidad para compensar ese aparente aumento en destinos de categoría superior, rebajando provisionalmente la categoría de otros menos importantes.

ESCUDOS PARA TROPAS Á PIE

Una parte de la prensa militar extranjera refiere que durante el sitio de Adrianópolis los zapadores búlgaros empleaban un escudo para proteger y resguardar su pecho y vientre. Dicho escudo pesaba 4 kilogramos y resistía muy bien el tiro de fusilería á la distancia de 200 metros ó mayor. Para distancias menores se usaba otro escudo más pesado, pero no tanto que privara la libertad de movimientos del zapador. Fueron tan excelentes los resultados dados por los escudos, que todas las tropas deseaban poseerlos, y los que estaban dotados de ellos no vacilaban en afrontar los mayores riesgos; pero el número de escudos era bastante pequeño, por lo que sólo se los empleó en determinados servicios. No falta quien asegura que si el ejército búlgaro hubiera dispuesto del número suficiente de escudos, Adrianópolis se habría rendido mucho antes. Hay que hacer notar sin embargo que las anteriores noticias no han sido confirmadas, ni siquiera suministradas, por ninguno de los corresponsales que de cerca ó de lejos siguieron las operaciones de la campaña de Tracia.

En Alemania se han ensayado recientemente unos escudos de tamaño adecuado para proteger á un hombre echado en tierra. Son de acero de 9 milímetros de espesor y pesan 11,350 kilogramos, y resisten perfectamente el fuego de infantería, así como el choque de los balines de los shrapnels. A lo que parece, se trata de que ciertos batallones dispongan de 300 escudos, que se trasportarán en un camión ó en varios con las columnas de municiones divisionarias, distribuyéndolos entre las tropas cuando se haya de asaltar una posición fortificada ó sólidamente defendida.

NUEVA BALA DE FUSIL

Se han efectuado recientemente experimentos en Alemania con una nueva bala de fusil, destinada á corregir los defectos de que adolece la actualmente reglamentaria. La experiencia ha enseñado que en el tiro contra los escudos de la artillería de campaña una bala con núcleo de acero y envuelta de plomo da mejores resultados que la bala de plomo con punta de acero. Cuando esta última llega á tropezar con el escudo, la punta de acero lo perfora y atraviesa, pero el núcleo de plomo se separa, de modo que los efectos sobre los sirvientes son insignificantes, en razón de la poca importancia del proyectil reducido á su punta de acero sin el núcleo de plomo.

La bala de núcleo de acero se compone de un núcleo de acero, como indica su nombre, recubierto de plomo, y todo el conjunto revestido de una delgada capa metálica. Al chocar contra el escudo, el plomo y la camisa metálica se separan del núcleo de acero; este perfora y atraviesa el escudo y produce los mismos efectos que una bala enteramente de acero.

Los experimentos ejecutados con una bala completamente de acero no dieron buen resultado, porque su peso específico es relativamente pequeño y por consiguiente el proyectil no adquiere la suficiente fuerza viva para que la penetración sea eficaz en los escudos.

A juicio de una gran parte de la opinión militar alemana, la bala del porvenir será de núcleo de acero.



REORGANIZACION DE LA TELEGRAFIA MILITAR EN SUIZA

En la apariencia no hay país menos militar que Suiza en Europa, pero en el fondo es aquel uno de los Estados que más se preocupan de las contingencias de una guerra y que mejor preparados tienen todos los elementos para el día de la movilización.

El reglamento publicado este año para el servicio de la telegrafía militar, es una prueba más de la previsión de las autoridades suizas en materia de defensa nacional. En virtud de los preceptos del nuevo reglamento, se regulan los servicios de la telefonía; se organiza la inspección de las comunicaciones telegráfica y telefónica en dos zonas, la del ejército y la del servicio territorial, pero en cuanto se decreta la movilización, la red del ejército se extiende á todo el país; se crean directores de telégrafos y de teléfonos en el cuartel general del ejército, con oficiales auxiliares.

La inspección del servicio telegráfico y telefónico se organiza con arreglo á los principios siguientes: 1.º Al ordenarse la movilización queda en suspenso el servicio telefónico con el extranjero, por interrupción de las comunicaciones; 2.º Se crean oficinas de inspección para las comuni-

caciones telegráficas con el extranjero; 3.º El servicio interior del país y el servicio internacional se reglamentan con arreglo á los principios siguientes: a—no se expiden los telegramas en lenguaje cifrado ó convenido, á menos que vayan expedidos de ó para el Consejo federal, el departamento político, el departamento militar ó un comandante de ejército; b— todos los demás telegramas han de estar redactados con claridad; c—los telegramas privados que hagan referencias á cosas ó materias militares no pueden ser expedidos sin permiso de la censura competente. Se consideran como competentes en materia de censura el comandante del ejército, y los comandantes de unidades independientes; en la zona del servicio territorial son competentes los comandantes territoriales.

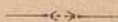
Se ha definido completamente la misión de las compañías de zapadores telegrafistas creadas hace poco más de un año. Sus funciones son:

1.º Las compañías de zapadores telegrafistas organizan el servicio telegráfico y telefónico en el radio de su división;

2.º La compañía de zapadores telegrafistas del cuartel general del ejército y la compañía de radiotelegrafistas, quedan directamente subordinadas á los jefes de telegrafía del ejército;

3.º El comandante de la compañía de zapadores telegrafistas de la caballería recibe del jefe de la telegrafía del ejército ó de la unidad del ejército de que depende, las instrucciones técnicas encaminadas á la cooperación con las demás compañías con su especialidad;

4.º Las compañías de zapadores telegrafistas de la landwher son destinadas al servicio de comunicaciones de las brigadas de landwher, á menos que se las llame á reforzar á las compañías de zapadores telegrafistas de primera línea.



BIBLIOGRAFIA

Mon commandement au cours de la Campagne des Balkans de 1912, par Mamud Mujtar Bajá, ancien commandant de la deuxième armée de l'est.—Paris, 1913.—XX-192 páginas (22 × 14) con un retrato y seis planos.—Bérger-Levrault, Editeurs, Rue des Beaux Arts, 5-7, Paris—3 francos.

Carnet de campagne d'un officier turc (de Sul-Oglié á Tchataldja), por le lieutenant Selim bey, du 1^{er} lanciers.—Paris, 1913.—VI-137 páginas (19 × 12).—Bérger-Levrault, Editeurs.—2 francos.

La importante casa editorial de libros militares de Bérger-Levrault, de Paris, continúa dando á la stampa publicaciones relativas á la campaña de Oriente, tan desconocida mientras la sangre se derramaba en los Balkanes, como fecunda en enseñanzas de todo género. Entre las mil clases de publicaciones encaminadas á dar á conocer la historia de una guerra, ninguna reviste la importancia de las escritas por testigos presenciales y por actores que han desempeñado un mando activo é importante en los ejércitos de operaciones. Queda para más adelante escribir la historia

completa de la guerra, que en realidad solo interesa á determinada clase de personas, mientras que los libros cuyos títulos encabezan estas líneas tienen el doble interés de reflejar fielmente la realidad de las cosas y ofrecer abundantes enseñanzas á todos, cualquiera que sea la categoría en el ejército. Los dos, pero muy en particular el debido á Mamud Mujtar Bajá, son en extremo recomendables por todos conceptos y muy dignos de que nuestros oficiales los lean y mediten, porque al mérito de una imparcial exposición de la verdad, propia solo de espíritus muy cultivados, se une el encanto de la realidad y un conjunto de reflexiones tan breves como substanciosas y atinadas.

Journal du siège d'Andrinople (impressions d'un assiégé,) por Gustave Cerilli.—Paris, 1913.—VIII—199 páginas (19 × 12), con 10 fotografados.—Chapelot, 30=Rue Duphine (VI^e), Paris=2,50 francos.

Relato muy sentido del corresponsal de *Le Matín* y la agencia *Reuter*, que se encontró en Adrianópolis desde antes de estallar la guerra de Oriente hasta después de la capitulación de la Plaza. De las narraciones del autor resultan bastante malparados los búlgaros, en todos conceptos. Es un libro que acabará de dar una idea exacta de los sucesos de aquella campaña, y en especial de uno de sus más culminantes acontecimientos. Aunque no escrito exclusivamente desde el punto de vista militar, su lectura es muy provechosa y tiene el atractivo de todo lo que narra un testigo presencial que sabe describir lo que vé.

Impresiones de un viaje por el extranjero, por el Capitán de Infantería D. Antonio Trucharte y Samper.—Cartagena, 1913.—32 páginas (21 × 15), con un bosquejo del campo de batalla de Waterloo.

De regreso de un largo viaje por el extranjero, efectuado con carácter privado, el ilustrado Capitán D. Antonio Trucharte dió á sus compañeros de Regimiento unas conferencias sobre las impresiones recibidas más allá de nuestras fronteras, conferencias que muy justamente acaban de ser reunidas en un folleto. Se contraen principalmente á un breve pero substancioso juicio acerca del ejército belga, la batalla de Waterloo y la disciplina y la moral del ejército francés. Este último punto, sobre todo, está tratado de mano maestra, y, siquiera sea en extracto, lo daremos á conocer á nuestros lectores, por encerrar puntos de vista nuevos y que merecen ser muy meditados. Es lástima que un oficial que demuestra poseer excepcionales condiciones de observador y que domina la pluma, no nos dé á conocer más *in extenso* sus impresiones; mucho se lo agradeceríamos quienes ansiamos recibir observaciones profundas, y no meramente superficiales ó de detalle, del ejército de la república del Norte. Sirva el aplauso que sinceramente tributamos al Sr. Trucharte, para que emprenda una labor de mayores alientos.